

## PÁGINA IMPAR: PANORAMA EDITORIAL DE ESPAÑA Y PORTUGAL

---

LIBORIO BARRERA

Directores

JOÃO DE MELO

FRANCISCO BOBILLO

**NOTAS PARA LA EDICIÓN DEL LIBRO EN EL FUTURO.** Los artesanos conviven con los tecnólogos en la edición de libros, en un tiempo de mutaciones profundas en la sociedad, mutaciones por lo que aquí atañe tecnológicas, que ahora se anuncian pero que ni siquiera se atisban: aún se desconoce si el libro será un objeto mecánico a la manera del formato actual, una pantalla de material flexible como el plástico, que podremos desenrollar o extender ante nuestra mirada, o un contenido en la red (internet, el ordenador) al que acudir por necesidad o por placer. Defensores y detractores quieren creer que el tacto, la movilidad, el olor o el color del libro: su ductilidad, no serán sustituidos: imaginan un futuro de libros como el que contemplan hoy, nada que tenga que ver con la imagen que Bradbury dejara en las páginas de su novela 'Fahrenheit 451', en las que los libros habían ardiendo y su supervivencia la había asegurado la memoria: unos a otros, los hombres, como en una vuelta vertiginosa a su pasado oral, cuando la palabra era sagrada, se repetían las historias para no perderlas: en última instancia, podrá decirse que no hay forma más hermosa e imbatible de preservar lo que el hombre ha creado. Bien, en *Página Impar: Panorama editorial de España y Portugal*, un encuentro propiciado por *Ágora 2002, el debate peninsular* convocado por el Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, se habló durante dos días de Bradbury, también del viaje en la red, pero igualmente de cuestiones más monetarias como el precio de los libros, el de su edición o de las operacio-

nes de fusión, absorción y expansión de las grandes industrias editoriales y de la manera en que ello combate contra los intereses lectores (digamos lectores más preocupados por las historias que por quien las escribe, más por la resonancia musical y sentimental de los poemas que por el eco de los premios).

Lo que sigue es una, como dicen de las películas que recurren a los libros para cobrar vida, libre adaptación de este encuentro en el que uno adoptó el papel de espía (aunque en realidad acabara delatándolo públicamente Ignacio Sánchez Amor, una especie de huracán libresco político, que lleva el timón del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas). Escorado en un extremo del salón anexo a la Presidencia de la Junta de Extremadura en Mérida siguió con atención lo que allí se dijo: a veces se entretuvo, a veces perdió el hilo cuando algún interviniente ya lo había perdido, a veces se sintió arrastrado por el debate, zarandeado por algunas palabras que se pronunciaron y estimulado por el caudal informativo que le cayó encima: y esto es lo bueno de los encuentros, que dan información y permiten ampliar nociones, confirmar certezas o modificar opiniones. Así que pasen y lean.

**EL ESTADO DE LA CUESTIÓN.** De repente todo se ha precipitado. Durante siglos, el aspecto del libro como soporte apenas ha sufrido modificaciones, dijo Francisco Bobillo, uno de los directores del encuentro, junto al portugués Joao de Melo. “Es el medio de comunicación más antiguo –añadió–, transmisor de ideas que los viajeros llevaban consigo de uno a otro país, creando un espacio común en Europa. De manera que si Europa existe, ello se debe en parte a los libros”.

Bobillo y Melo esbozaron el mapa de la situación del libro, como un enfermo ante la mesa de operaciones: “Tiene –dijo Bobillo– una mala salud de hierro. Pero a pesar de los problemas se siguen publicando libros. Su versatilidad de uso lo hace difícilmente desplazable. Necesita alguien que los escriba y alguien que los produzca: una industria editorial, que ha estado sometida a procesos propios del desarrollo industrial, de modelos económicos y sus cambios (concentración de empresas y concentración de la distri-

bución, las nuevas tecnologías que permiten acceder al libro más allá del soporte tradicional). Y este proceso ha llegado antes a España que a Portugal”.

El exdirector de la Dirección General del Libro vio algunas de las ventajas tecnológicas aplicadas al libro: la consulta de incunables tras haber sido digitalizados, la aparición de los libros electrónicos, y aludió al papel de los medios de comunicación (“los editores se quejan de que se le presta poca atención al libro y los medios lo niegan”).

“No nos hubiéramos enterado del rapto de Helena si Homero no lo hubiera imaginado”, resumió Bobillo.

Joao de Melo, autor de una antología del cuento portugués publicada en Alfaguara, subrayó la fragilidad del libro, “al que amamos por la diferencia que instauró. Igual que no es posible un mundo sin música, cine o arte, con los imaginarios que nos lega a la conciencia del hombre, tampoco esto es posible sin los libros que leemos, editamos y escribimos. Hoy sobrevive entre otros objetos de consumo: a pesar de su fragilidad resiste al pesimismo que augura su extinción y la competencia de la televisión o el cine. Creemos en el futuro y la eternidad del libro”.

Como el encuentro era de dos países, las alusiones a la política y su acción menudearon durante estos dos días. De Melo aludió a las “políticas comunes”, al trabajo para acabar con las “fronteras psicológicas”, porque “la idea de cultura se completa en la comprensión del otro. Sin conocerse no puede amarse”. Y en ello, concluyó, Extremadura “ha sido un modelo: dispuesta a dar y a recibir”.

Sánchez Amor dio su bendición de entrada y salida a este encuentro, mientras multiplicaba sus actividades políticas, subiendo y bajando escaleras, colgado del teléfono. Dejó el debate, como se deja el toro ante el caballo del picador, en suertes: “*Ágora* quiere mostrar las relaciones de confianza entre dos países para que salgan a flote”.

Dicho lo cual, los cuatro primeros espadas de “Página impar” (y aquí terminan las equivalencias taurinas) salieron al ruedo:

**POESÍA Y PENDENCIA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.** Cuatro periodistas (Javier Lostalé, José Luis Gutiérrez, José Carlos de Vasconcelos y Francisco Bêlard) abordaron la mesa redonda *Edición y medios de comunicación*.

‘Lula’ (el debate tuvo lugar en medio del proceso de cambio político en Brasil) acababa de ganar las elecciones brasileñas. Es alguien que vivió en la miseria, con siete hermanos, a los que el padre abandonó. Fue mecánico, líder sindical y ahora presidente de la República de Brasil. “Qué bien tener un presidente que no hable inglés”. Lo dice José Carlos Vasconcelos, director del portugués *Jornal de Letras, Artes e Ideas*. Se queja de que otro presidente, Jorge Sampaio, el de su país, alardee del buen inglés que habla. Vasconcelos dice también que conoce a Tom Jobin, “que consiguió resistir beber 1,5 litros de whisky al día”. José Luis Gutiérrez, periodista político y ahora cultural porque edita la revista *Leer*, también se evade a Brasil y asegura que ha aprendido portugués con la samba. De hecho fue corresponsal de *Expresso* en Madrid y vivió en directo la *Revolución de los claveles* portuguesa en los años 70. “Conocí a Felipe González (expresidente socialista del Gobierno español) en Portugal en 1974. De Portugal a Brasil ¿Cómo se había llegado a Brasil? Vasconcelos lo trajo a cuento hablando de la literatura *light*. ¿Qué hacer con ella? ¿Qué hacer con un escritor como Paulo Coelho?, “al que nunca hemos prestado atención en el diario”. Este fenómeno en torno a la literatura, que ha vendido miles de libros con su ficción espiritual, “existe y quizá no sea tan malo”. De hecho, entró en la Academia de Letras de Brasil, “que es lo máximo” a que puede aspirar un escritor en ese país. Así que Vasconcelos, tras un debate en su periódico, accedió a que se preparara unas páginas especiales sobre Coelho y lo que representaba. De manera, “que es posible un abordaje periodístico cultural a su obra, aunque sea un fenómeno”. Así terminaba un debate que había empezado con Heidegger (“la palabra es el más peligroso de los bienes”) y había seguido por la manera que tratan lo literario los medios de comunicación, como hizo Vasconcelos, y el peso de lo comercial frente a lo cultural (de lo que debe informarse porque vende a lo que debe informarse por su valor literario) que deciden los grandes grupos editoriales: en definitiva del acto supremo de elegir: ¿cuál libro ocupa qué espacio?

Desde la radio, Javier Lostalé, director de *La estación azul* de Radio 3, un espacio dedicado a la poesía, hizo un canto a esta manifestación: “Es una actividad artística, en medio de una información que lo inunda todo”. La radio, aseguró, “debe promover los efectos del arte, favorecer la diferencia frente a la homogeneización, despertar la maravilla y velar por nuestro patrimonio lingüístico”. Para él, la poesía es el género más apto para este medio.

Lostalé aportó su experiencia como difusor de libros, “que son intemporales, el autor no pertenece a un espacio sino que es universal; de ahí que los nacionalismos sean un profundo retroceso para la sociedad”.

Crítico con el medio, Javier Lostalé se refirió a la manera en que se difunde la información sobre libros. “Se atiende más al boato, a los premios”. Para él, quien informa de libros en la radio debe informar sobre la obra y no tanto sobre el autor, incitar a la lectura, pero no hacer crítica literaria, “que exige un reposo que no tiene la radio”. También reclamó la escritura de un guión, que implica mayor transmisión de la obra de la que se informa.

Desde el periodismo de prensa, Francisco Belard, del semanario *Expresso*, una especie de *El Independiente* español cuando lo dirigía Pablo Sebastián como semanario, en formato sábana, mostró su frustración laboral ante la insatisfacción que muestran los editores con el trabajo de los periodistas culturales. “Y nosotros también, porque no tenemos espacio para hablar de todos los libros, cuyo número anual ha crecido”.

“Los periódicos son esclavos de los best-sellers”, según Belard. Están sometidos a esta tiranía en los medios, que atienden a la ficción antes que otras modalidades literarias. “Un escritor, Mario Claudio –contó el periodista de *Expresso* como ejemplo de esa presión– propuso a su editor aplazar la publicación de su último libro unos meses. Pero hubo un periódico que puso ese libro, aún no publicado, en la lista de los más vendidos”. Este caso sirvió a Belard para criticar la falta de control en Portugal sobre estas listas, a diferencia de países como Francia, donde un instituto lleva a cabo dicho control. “Me gustaría que una sección de libros hable de libros de todos los tipos, ya que la responsabilidad de los periódicos portugueses es importante en la difusión porque, salvo excepciones, no tenemos revistas literarias,

mientras que *Jornal de Letras, Artes e Ideas* se ocupa sólo de literatura en portugués. El resto son periódicos de información general y algunos dan un espacio razonable a la cultura y los libros”.

Belard completó su visión periodístico cultural con menciones a publicaciones europeas como *Lire* o *Magazine Littéraire*, de Francia, y *Leer* y *Qué leer*, de España, “países con un potencial de lectores”. En Portugal “el índice de hábito de lectura es bajo. Más que con campañas se crearán estos hábitos si hay necesidad de lectura, algo que provoca la enseñanza”. Apuntó Belard que las revistas literarias españolas no se venden en Portugal. Sin embargo, su periódico quizá se vende en Madrid o en alguna ciudad fronteriza.

Su panorama se ennegreció cuando citó la mala calidad de las traducciones, la floja formación de los libreros, “que a veces no conocen quiénes son determinados autores”, la desaparición de las librerías de fondo, o el espacio destinado a informar: “No se puede comparar con la crítica de cine. Se estrenan 3 o 4 películas semanales y hay 4 o 5 críticos de cine. Esto no ocurre con los libros. Es imposible que un crítico lea todo y haga crítica de casi todo”.

¿Y las televisiones? “Son malas en Europa, salvo excepciones”.

José Luis Gutiérrez, editor de *Leer*, una revista literaria veterana en España, se refirió a los celos que aún existen entre España y Portugal, “pero al mismo tiempo hay afecto”.

Gutiérrez abordó enseguida el asunto de las nuevas tecnologías. “No creo que sean tan favorables para la existencia del libro, de hecho dificultan su expansión como objeto. Al libro se le someterá a una lenta agonía hasta que sea objeto de museo”. Para Javier Lostalé, la tecnología tiene el peligro de que los textos de las universidades salgan de Internet antes que de los libros; pero reconoció que son importantes para la información.

Mencionó José Luis Gutiérrez recientes campañas del grupo Prisa (editor de *El País*) y Unidad Editorial (*El Mundo*) mediante las que se han vendido libros a precios muy bajos. “No sé si favorece la lectura de literatura. Tal vez se exalta la afición al coleccionismo”, dijo escéptico. “Sirven para las estanterías”, contestó Javier Lostalé.

“La búsqueda del libro –señaló Gutiérrez– es producto de la necesidad y no tiene que ver con las ofertas mastodónticas que se dan hoy, como se hacía antes, cuando se difundían aquellos volúmenes encuadernados en piel”.

Para Gutiérrez, los grandes consorcios y grupos se han lanzado a la fabricación de best-sellers frente a obras literarias o ensayísticas, que son silenciadas. “No resulta literariamente correcto darles difusión. La censura puede operar inundando de información y obras sin que haya capacidad de selección, y los grupos de presión tienen instrumentos precisos para llevarnos por el sendero de las buenas costumbres”.

La crítica a la tiranía del mercado abundó en el encuentro y a ella respondió José Carlos Vasconcelos, director del *Jornal de Letras, Artes e Ideas*.

“Tras la revolución portuguesa, los periodistas lucharon por un sueño de libertad, y periódicos y órganos de comunicación pasaron a manos de estos periodistas, como el principal modelo de independencia”. Pero la irrupción del “gran capital” truncó esos sueños de libertad. En el caso del *Jornal*, se unió a un grupo suizo, de manera que hoy el propio Vasconcelos trabaja en un grupo multinacional.

“La aportación que debemos hacer los medios es la de informar, dar noticias– dijo Vasconcelos–. En comunicación, lo primero es informar con rigor, de forma interpretativa. En la cultura ocurre lo mismo: lo primero es dar el mayor número de noticias y darlas bien; después hay que hacer conocer, a través del reportaje por ejemplo. Lo que distingue a un buen o mal periodista es el intentar hacer literatura. No debe escribir en periódicos culturales si no le gustan los libros. El principal reto es la selección, sobre qué vamos a escribir. La gente tiene que saber lo que existe y contextualizarlo para crear un espíritu crítico”.

Belard amplió esta idea: “No podemos hablar de todos los libros. Ya hacemos una selección y cuando hablamos negativamente de ellos también los distinguimos. Lo que no hacemos es hablar de una literatura de usar y tirar. Y si lo hacemos de los grandes éxitos hablamos de ellos de otra manera”.

“Toda tentativa despótica tiende a tapar la información”, señaló José Luis Gutiérrez. “¿Cómo? Insistiendo sobre algo concreto para centrar la

atención de las personas en un punto. Los grandes consorcios trabajan así, de manera que la gran esperanza reside en la pluralidad, en editores que sacan de 2.000 a 3.000 ejemplares de cada libro”.

Gutiérrez puso el ejemplo de la reciente antología poética *Las ínsulas extrañas*, que intenta hacer un balance de la poesía más significativa de los últimos cincuenta años en España e Hispanoamérica. Según Gutiérrez, “se han ocultado nombres importantes, como los de Gabriel Celaya, José Hierro y Ángel González”.

El escollo al que llega la información es, a veces, el de los propios periodistas y su escasa formación cultural. “Deben conocer de lo que informan y sentir pasión por ello”, afirmó Javier Lostalé. “Da la impresión de que a veces el texto de prensa es intercambiable cuando se critica un libro”. José Carlos Vasconcelos reconoció que el *Jornal de Letras, Artes e Ideas* “no puede pagar a buenos periodistas culturales y recurrimos a profesores a los que pedimos que hagan un esfuerzo en el uso del lenguaje para el lector”.

¿Cuál es el futuro del libro? José Carlos de Vasconcelos no se mostró preocupado. “Acabará después de que hayamos muerto”. Si llega a sustituirse por otro modelo más tecnológicamente avanzado, “será por algo mejor”.

Lostalé incidió en la promoción que se le hace al libro a través de la radio, yendo a los colegios e institutos a leer; pero se lamentó de que cada vez haya más autores que “huyen de la quietud de la creación e intervienen en programas de radio y televisión hablando de lo habido y por haber”.

**LOS NÚMEROS DE LOS EDITORES.** El espía también come cuando las sesiones se interrumpen a mediodía. Tras un paréntesis de poco más de dos horas regresa a su puesto. Estudiantes de portugués extremeños, estudiantes portugueses y conferenciantes salpican, sin ser muchedumbre, la sala de conferencias. Recogen de nuevo sus cascos para escuchar la traducción simultánea que se facilita desde un pequeño cubículo situado en la parte posterior de la sala. El espía también toma nota de los traductores y prefiere unos sobre otros, pero sobre esto guardará discreción. Ahora le toca escuchar a los editores: Pedro Moura Bessa, presidente de la Uniao (el espía no ha conse-

guido que ningún técnico en informática le explique la combinación de teclas para que el acento en eñe portugués se imprima), dos Editores Portugueses (UEP) y Antonio María de Ávila, director general de la Federación de Gremios de Editores de España (FGEE) (que sustituye a su presidente, ausente en Mérida).

Los datos de Moura Bessa levantaron el ánimo de los que han escuchado a los periodistas de la mañana. “El balance de la edición en Portugal es positivo. El mercado del libro ha crecido incluso más que la economía. Pero se han redefinido las cadenas de librerías y eso ha provocado su concentración. El mercado reaccionará y eso abrirá nuevas oportunidades, con la apertura de nuevas librerías que serán un contrapunto a las cadenas comerciales”.

El presidente de la UEP puso en el debe de este balance algunos problemas. La pequeña dimensión de Portugal (con 10 millones de habitantes) da lugar a un mercado reducido para sus empresas, de manera que la entrada en la Unión Europea no ha tenido consecuencias en ese mercado. Ni siquiera, señala, ha contado con sus excolonias (por sus economías) ni con Brasil (por su lengua). A favor de la industria editorial mencionó su contribución a los impuestos del Estado y reclamó unas reglas justas porque, por ejemplo, el código de derechos de autor portugués no considera al editor sino como un titular de obligaciones, de manera que en sus relaciones con el autor, la norma favorece a éste en detrimento del editor.

Sobre las nuevas directivas europeas relacionadas con la sociedad de la información, Pedro Moura señaló su escaso efecto sobre el fotocopiado de libros, “que funciona habitualmente”, y así no se garantizan en Portugal los derechos de autores y editoras.

Un anteproyecto de ley que regula esta actividad es, según Moura, liberalizador porque considera lícita la copia “porque es una práctica aceptada socialmente. El legislador no evita esta situación y la asume y legaliza”. Sugirió el representante editorial portugués que se diera un mecanismo de compensación a los editores ante un fenómeno cuya práctica por los estudiantes impiden a estos “valorar el libro”. “En la enseñanza portuguesa se opta más por los resúmenes que por el libro. Las bibliotecas no están valo-

radas o no existe y el Estado no cumple su función porque no se preocupa de equipar las bibliotecas y escuelas”.

A pesar de ello, el sector funciona. Crece “pero sin soluciones, sin un marco base que garantice que esos retos pueden resolverse de la mejor forma”.

En España, el panorama es diferente. Antonio María Ávila dio datos sobre el sector: una red de 150 filiales presentes en 28 países. Sin embargo, afirmó que es una industria artesanal, descentralizada e improvisada, excepto en los libros de texto, los coleccionables y obras de referencia.

Hay 700 empresas concentradas en Madrid y Barcelona y 344 forman parte de grupos editoriales, de manera que se da una tendencia a la concentración. Emplea a 13.000 personas directamente y a 20.000 colaboradores externos cualificados.

En el año 2001 se editaron más de 60.000 títulos y se imprimieron 261 millones de ejemplares en casi todos los idiomas españoles y en casi todo tipo de soportes.

La facturación en ese mismo año fue de 1.600 millones de euros y los libros se comercializaron en librerías y cadenas comerciales (más del 50%) y por venta a crédito (13,8%); el resto en hipermercados.

El comercio exterior supuso más del 30% de la producción editorial, fundamentalmente hacia América (50%, siendo México el país que más compró) y a la Unión Europea (45%). Según estos datos, el 1% de la exportación total española procede del sector editorial.

A la vista de estos datos, la fortaleza de la industria editorial española es constatable. “Editar mucho no es malo, sino bueno”, dijo De Ávila. De esos 60.000 títulos del 2001, aclaró, la mitad corresponden a libros de texto..

Subrayó la fuerte concentración geográfica e interna competencia gracias al precio fijo, y la difusa y tupida red comercial de librerías y puntos de ventas, además de la fuerte venta de derechos de autor al exterior (más de 117 millones de pesetas a Francia).

Otros datos sobre la buena salud del libro en España son la mejora de la red bibliotecaria y la defensa del precio fijo.

El envés de esta situación de bonanza lo protagoniza la tendencia a la

concentración: el 70% de la facturación está en manos de 10 grupos editoriales.

De Ávila cree que se necesita incrementar la financiación exterior ante el alza de la escolarización en América Latina para suministrar libros a los alumnos.

Respecto al mercado interior, el 45% de la población no lee y el 28% no sólo no ha leído sino que no va a leer. Para cambiar esta situación, “se exigen campañas que fomenten el hábito de la lectura como algo básico en la sociedad”.

A pesar de su expansión, la red bibliotecaria está infradotada. El gasto por libro es de 80 pesetas, frente a las 133 de Europa y las 335 de Gran Bretaña, y más del 75% de los libros son anteriores a 1992.

En las bibliotecas escolares la situación es peor, pues sólo 70 colegios públicos cumplen lo establecido sobre ellas en la Logse, mientras que el resto (19.980) lo incumple.

La red de librerías presenta una debilidad financiera y la reprografía ilegal abunda sobre todo en los centros públicos.

Como su colega portugués, el representante editorial español pidió un marco legal adecuado, “y no subvenciones” para el sector.

**LOS INDEPENDIENTES Y LOS DEPENDIENTES.** Y en esto llegó el debate. Los pequeños editores esperaban a los grandes para lamentarse del peso del capitalismo, la voracidad de los grandes grupos, los talonarios, la hiperventa, los autores. A un lado los independientes, a otro los dependientes. Pero después del debate, no quedó claro qué editoriales son unas y otras o si la comodidad de llamar independientes a las pequeñas quería decir también que ahí estaba la gran literatura, las grandes obras del momento presente y en el otro bando, por comodidad llamados dependientes (del capital, podría decirse, por reducir), la literatura de consumo, la que sólo aspira a vender 200.000 ejemplares para rentabilizar una inversión y además obtener ganancias. Cualquier lector medianamente informado sabe que no es ni lo uno ni lo otro y a la vez que es lo uno y lo otro. En fin un galimatías, sobre el que se alzó la voz

de Constantino Bértolo, editor de Debate, inserto en una multinacional editorial (Bertlesman). Bértolo disparó a uno y otro lado, cansado de soportar las arremetidas de los independientes y dejó la mesa de debate agitada, desordenada y descompensada (¿un pequeño dentro de un grande, un independiente dentro de un dependiente, un dependiente independiente?).

*In media res* (pero parte con causa), el editor Rafael Martínez Alés moderó a duras penas, por momentos, y llegó a ponerse de parte de los independientes (¿los independientes?). Él explicó el panorama de este debate inconcluso, que hoy se vive intensamente.

“Comenzó en los años 70 –dijo Alés– a perfilarse un extraño panorama editorial. Aparecieron los financieros coincidiendo con el desarrollo de las comunicaciones y se definió el editor independiente como figura nueva que hay que reivindicar frente a los dependientes de las grandes corporaciones, que producen daños irreversibles a la edición, como el destrozo de catálogos, algo que ya no se puede arreglar”.

Y respondieron ellos: ella: Guillermina Gomes, directora literaria de Círculo de Lectores en Portugal, Nelson de Matos, director literario de Publicações Dom Quixote, Antonio Roche, responsable de la editorial Biblioteca Nueva, y Constantino Bértolo, como queda dicho.

¿Se pueden editar obras no comerciales, por emplear un término al uso, en un gran conglomerado multinacional? La respuesta es sí. Guillermina Mota, que lleva 22 años de editora aportó datos de Círculo de Lectores (una editorial de Bertelsman que acercó los libros a muchos lectores que no lo eran: en Portugal, 400.000 socios en un país “que Salazar dejó analfabeto”, y en España), donde se editan 200 títulos anuales.

Lectora apasionada, la vida de Guillermina Gomes se ha movido entre libros, aun cuando Portugal no tuviera librerías de base y sólo la Fundación Gulbenkian llevó a cabo campañas para acercar el libro a las provincias de su país. Por eso defendió este tipo de difusión popular que practica Círculo de Lectores. “Tener libros en casa, aunque sea de colección está bien. Y si uno publica best-seller, literatura light, ello le permite publicar los otros libros”, los que no son rentables económicamente en la medida en que lo son aquellos.

“Lo mejor de un gran grupo es su soporte financiero, su inversión, sus relaciones estratégicas. Con esa inversión pudimos publicar en 1981 *Viaje en Portugal*, de José Saramago, un libro importante que le permitió a él continuar su vida de escritor. O También publicamos *Historia de Portugal*, un libro que sólo es posible en un grupo como este. Después, la Universidad se abrió y los universitarios vieron la editorial como editorial y no como distribuidora. Así hemos publicado libros académicos de historiadores, por ejemplo”. En otro campo, Círculo de Lectores ha desarrollado la Olimpiada de la Lectura en escuelas públicas y privadas.

Pero junto a estas bondades de trabajar en un grupo de grandes dimensiones, “lo peor son las energías obligatorias, no como plusvalías, los consultores que no han leído libros, o las razones de los despidos, que son los debates más perversos, pues he conocido despidos de editores que no producían resultados, y un gran grupo exige resultados. Yo no tengo gran espíritu de grupo y soy humilde respecto a mis compañeros editores”.

Fuera de estos grupos, a los “independientes”, dijo Guillermina Gomes, sólo les quedan las librerías “independientes” que vendan sus libros.

Uno de los problemas de los grandes grupos es su sobredimensionamiento, según el término al uso (o, por decirlo más claramente, su enormidad), es decir, dijo Rafael Martínez Alés, en Francia, la compra de Vivendi Universal por el grupo Hachette (que fabrica también armas y aviones) “ha creado una situación grave cuyo desenlace no conocemos”. Lo que sí se conocen son algunas cifras: Hachette dispone del 80% de la distribución editorial francesa, el 78% del libro escolar, el 76% del libro de bolsillo y el 40% de la narrativa, y la siguiente editorial en el escalafón es 10 veces más pequeña.

El “único independiente” de la reunión, según se calificó él mismo, Antonio Roche, ha trabajado en las editoriales Everest, Nebrija y Anaya, antes de dirigir Biblioteca Nueva. Él lanzó los dardos más ácidos contra las multinacionales de la edición.

“El asalto tecnológico ha producido la llegada a puestos de responsabilidad de gentes mediocres que se creen extraordinarias”.

Roche pretendió aclarar el término independiente asimilándolo al de

editor literario o al de su tamaño empresarial. “Con humor hemos comentado que el auténtico independiente es Planeta”, es decir grupos abiertos a otros sectores (prensa, televisión, radio, multimedia, internet) “cuya idea de negocio es la explotación de los contenidos”. Algunos han crecido en el sector educativo, con la venta a plazos, y buscan un aumento de la eficacia en todos los terrenos. Frente a ellos, “hay riesgos desde el punto de vista cultural y los gobiernos y sociedades deben alarmarse porque se pierde diversidad y por tanto cultura”.

El editor de Biblioteca Nueva mencionó al crítico literario Harold Bloom y el ataque que éste hizo contra las novelas juveniles protagonizadas por el personaje de Harry Potter porque entraña “una pérdida de lectores sensibles”.

El libro, dijo, se convierte así en una mera mercancía.

¿Y los independientes? Atienden, por ejemplo, a la edición para universitarios, son creativos, buscan contenidos, a buenos autores, tienen que tener sus propios proyectos armonizando intuición y talento con la gestión y los recursos y resolver el problema de la distribución. Es decir, elaborar un catálogo, y para ello necesitan tiempo y garantizar la consecución de beneficios.

Hasta 1997, Dom Quixote fue independiente. Luego pasó a Anaya y ahora forma parte de Planeta. Pero Nelson de Matos, responsable del relanzamiento de la editorial, se considera editor independiente, “si no no sería editor”.

“Esto es la globalización –resumió–. Las empresas se asocian, se fusionan, buscan nuevos mercados. No vale la pena huir de esta realidad sino aprender a vivir de ella. Los grupos no son enemigos ni malos, antes bien, pueden ser socios en nuestra experiencia. En Portugal, estas tendencias empezaron con las grandes superficies de venta. Llegaron los grandes grupos librerías (Fnac, El Corte Inglés, Bertelsman, Planeta), grupos ambiciosos, con estrategias de mercado en Brasil y África. A la vez coexisten muchas editoriales independientes que, para serlo, han tenido que crear dependencias específicas que les permitan resistir al mercado. Sólo obteniendo resultados se garantiza el avance y uno se salva”.

De Matos dirigió sus críticas hacia el sector de la distribución. Tras la

desaparición de una gran distribuidora de Portugal se culpó a los grandes editores. “Es una reacción emocional. Los grupos no son responsables de nuestras desgracias. Pero el Estado tampoco debe intervenir. Si hay lectores aumentan las posibilidades de las empresas, y aunque no soy partidario de un liberalismo, el Estado no debe salir de sus niveles reguladores sino cumplir su papel”. Es decir, legislando sobre el precio fijo, sobre la competencia, sobre los derechos de autor, y promoviendo en las escuelas el gusto por la lectura, creando más bibliotecas públicas y apoyando la edición.

Ahora bien, subrayó De Matos, no hay espacio para los editores independientes si no hay una industria editorial fuerte. “Creando nuevos lectores se crean hábitos de lectura. El mercado crece y hay que aprovechar sus oportunidades”.

Constantino Bértolo se fue a la guerra, y esto es una exageración, pero uno espera esos momentos de los debates en que alguien niega la mayor o se opone por el principio de oposición, pero lo hace con argumentos y razones. Es decir, se sitúa en aquel lugar algo incómodo que nadie quiere ocupar si no quiere evitar que le señalen. Con una expresión castiza, se diría que Bértolo llamó al pan, pan, y al vino, vino. Veamos.

Debate, dijo, es una editorial independiente, que fue absorbida en números rojos por un grupo, de tal manera que ahora es un sello editorial dentro de un grupo (Bertelsman). Este debate sobre dependientes e independientes está planteado “de forma meliflua. Antonio Roche es capitalista y yo soy un empleado porque no me pagan tanto. En su momento, los independientes eran rentables fuera del mecanismo del mercado y se proveían de fondos de los partidos políticos, por ejemplo. Una editorial como la Editora Regional de Extremadura es independiente porque no depende del mercado”.

“Se habla del capitalismo salvaje y del capitalismo humano. Pero yo no lo he visto. La lógica del capital no tiene que ver con la gente. Yo soy un empleado, un editor tolerado por mi capitalista, que me exige rentabilidad económica, pero ésta no siempre se da. Entonces tal vez sea una rentabilidad de imagen de marca. Pero que en los grandes grupos se han dado cuenta de que invertir en prestigio no vale si no hay rentabilidad.

“Yo *dirijo* una editorial en un grupo. ¿Con qué grado de autonomía? Un editor selecciona un discurso privado y tiene capital para hacerlo público. ¿Trabajar en un grupo hace que esto se resienta? No. Pero alguien vigila, controla, se hacen estudios de rentabilidad. Un editor tiene que hacer que sus libros vayan al público. Pero yo no tengo autonomía sobre la distribución ni tengo control del presupuesto de promoción, ni siquiera fijo lo que se paga al de prensa. La estructura no depende de mí. Yo puedo sugerir, pero el presupuesto no es mío”.

Bértolo repasó algunas de las cuestiones que habían dejado sobre la mesa anteriores intervinientes. Por ejemplo sobre el papel del Estado: “El Estado está al servicio del capital privado y ha renunciado al control del espacio público”; sobre la concentración empresarial: “Está amenazada la biodiversidad cultural, no porque los grandes grupos se hayan unido sino por la lógica del capital. La concentración es un invento del capitalismo; está ya anunciada en el *Manifiesto comunista* y algunos se sorprenden ahora. Los que defendéis la independencia sois provocadores que vais diciendo que hay un capitalismo humano”.

“Pero la concentración reduce la diversidad de la oferta”, contestó Rafael Martínez Alés.

Antonio Rocha reconoció que a veces la concentración no extiende sus efectos perversos a las editoriales a las que absorbe o compra. Citó el caso de Planeta cuando se hizo con Crítica, “que no ha cambiado su línea”. Sin embargo, añadió que las grandes decisiones estratégicas se toman fuera de España. Y alabó el caso de la serie de novelas protagonizadas por Harry Potter. “Hace muchos años que los jóvenes no leían libros de 600 páginas”.

Nelson de Matos avanzó por la línea de Bértolo. “Lo de los independientes es un concepto vacío; porque todos dependemos de varias dependencias. Este es un debate muy español y está siendo utilizado por la editorial Anagrama para contraponerse en el mercado en relación a otros grupos”.

“Sí es una discusión española”, concedió Constantino Bértolo, quien disparó contra los premios literarios. “El sistema de premios distorsiona el mercado español. No es que esté en contra porque los premios estén dados,

sino porque pervierte el sentido de relación con los libros, de manera que los libros son conocidos porque son noticia. Los más irán desapareciendo lentamente. Y los independientes no han renunciado al sistema de premios”.

Las intervenciones de la mesa redonda saltaron al público y participaron algunos de los ponentes de sesiones anteriores. “Si los dueños mantienen los sellos y las autonomías, el problema desaparece”, apuntó Francisco Bobillo.

“Nadie mandaba en nosotros –recordó José Carlos Vasconcelos–. Hacíamos un periódico cultural que no daba beneficios, algo que no teníamos como objetivo sino hacer productos culturales, con beneficios, unos, claro, y otros no. Si la lógica es el beneficio, la diversidad puede acabar con la decisión de una sola persona. Luego buscamos un grupo familiar, de Suiza, con el que tenemos afinidad. No era un gran grupo económico, y nos ha permitido mantener la independencia editorial”.

Bértolo aportó datos comparativos. En Estados Unidos, el 70% de la facturación editorial corresponde a 12 autores. En España hay 20 autores que facturan el 33%. Es una tendencia en ascenso. Se publicará menos, pero qué se publicará. ¿Los libros de más riesgo? ¿El hueco lo ocuparán las pequeñas editoriales? “Pero todas tienen la misma lógica comercial y no apuestan por una literatura diferente”.

Este, el de la apuesta literaria, ya abrió otra brecha que nadie siguió porque el debate concluyó en este punto. No se trataba tanto de literatura como de negocio literario. ¿Pero cómo hacer negocio literario sin literatura?

**EL FUTURO CIBERNÉTICO.** ¿Alguien es capaz de imaginar el futuro? ¿Habrá libros o estos se leerán en el interior de nuestro cerebro tras haber ingerido una pastilla o haber conectado la mano a un lector óptico que devuelve al sistema nervioso, digamos, *La cartuja de Parma*? Los periódicos digitales, aquellos que no tienen equivalencia en papel, son pobres, feos y clónicos de éstos. Son gratis y algunos se pagan: es un debate, otro más, abierto e impredecible. Los libros de consulta, sin embargo, parecen haber emprendido la retirada. De hecho, se anuncian periódicamente enciclopedias a precios irrisorios, como de saldo, cuando todo el saber se encuentra en un disco (un DVD en

la versión más avanzada). En todo caso, para qué consultarlos si uno dispone de Google, quizá el buscador universal más famoso. Teclea uno Extremadura y tiene dificultad para discriminar datos: pero ahí está, el compendio de libros al alcance de unas pocas teclas y un ratón: como *El libro de arena*, según recordó Fernando Pérez González, director de la Editora Regional de Extremadura, en la sesión de clausura del encuentro propiciado por *Ágora* en torno a la edición. Pero internet, matizó, aún no es enteramente creíble: las supercherías de la tribu conviven con la fiabilidad de datos de los Goya de este año, aunque conviene estar alerta. Pérez González ama los libros y le gusta hojearlos, sopesarlos, elegir portadas, el tamaño del papel y su gramaje. “El placer del texto no se saborea con artilugios mecánicos”, dice. Apunta algunas cuestiones más de este laberinto cibernético: el fin de la autoría, las ventas directas por internet de obras exclusivas para este medio (como las frustradas experiencias narrativas de Stephen King o Arturo Pérez-Reverte), la insalubridad de la pantalla para la lectura comprensiva de textos largos, la incultura tipográfica de la composición electrónica (aquí podrían darse por aludidos algunos diseñadores de esos periódicos electrónicos horribles), el abuso de los efectos especiales... Pérez González citó a Einaudi, el editor italiano: “Complicar es fácil, lo simple es difícil”.

Antonio María Ávila, director de la Federación de Gremios de Editores de España, subió de nuevo al estrado con su optimismo inveterado, al que no le amedrenta el bullicio de internet y los ordenadores. “El libro está vivo y coleando, ni mejor ni peor que cualquier otro producto. Los estudios revelan que el crecimiento en España en los últimos diez años fue del 4% y en Iberoamérica del 9,2%, debido fundamentalmente a los procesos de alfabetización, que requieren libros de texto. Siempre han existido nuevas tecnologías y siempre han afectado al libro. De hecho, las usamos masivamente en la industria editorial y así ha disminuido el precio del libro”.

“Internet es un estupendo instrumento de trabajo y marketing, que puede suministrar productos culturales”. Los problemas que plantean atañen, por una parte, a la propiedad intelectual, porque sus contenidos son gratuitos, y, por otra, a la fiscalidad. ¿Qué ganancia se obtiene cuando se baja un libro o un disco?

Ávila retomó el ejemplo del novelista Pérez-Reverte y la operación que la editora Santillana hizo con el personaje de Alatriste como un ejemplo de las inseguridades en las que aún se mueve el sistema tecnológico: “Fue una operación de prestigio”. 8.000 personas pagaron 500 pesetas por descargar el texto puesto a disposición de los lectores. Quienes decidieron imprimirlo tuvieron que sumar 10.000 pesetas en tinta. Pero el doble de personas, 16.000, lo bajaron gratuitamente, es decir, lo piratearon.

La colega portuguesa de Ávila, Paula Pratas, vicepresidenta de la Federación Portuguesa de editores, mencionó la creciente producción de los soportes digitales en la edición, cuya entrada en el mercado de su país data de hace cuatro años, y también se mostró defensiva en la reivindicación del papel: “Sobrevivirá al lado de las nuevas tecnologías. El libro durará muchos años”.

Pero los cambios son tan rápidos, tan acelerados, tan imprevisibles que los inventos de hoy y sus perspectivas no son los de mañana, a diferencia del mercado del libro, “que está estancado”, según el editor Rafael Martínez Alés. “La gente lee menos y se usa menos el medio impreso. Los cambios en el sector tenderán a expulsar a los que se resistan a adaptarse. Pero este es el eterno discurso pesimista. Estamos ante una crisis de la propia crisis, en un momento de incertidumbre”.

Martínez Alés miró hacia el pasado español de la edición, cuando se configuró el modelo actual: 4.000 títulos al año y 40 millones de ejemplares en los años 60. Hoy las cifras son elocuentes de la evolución: 60.000 títulos y unos 300 millones de ejemplares. Es decir, un crecimiento de 10 o 12 veces. Más comparaciones: en aquel contexto (dictadura, ideologías) “el editor quería satisfacer una oferta cultural y los riesgos eran más políticos que económicos. Pocos imaginaban por dónde íbamos a aparecer. Se ha introducido el marketing, la edición queda fuera de la edición, los libros aparecen bajo otras formas (electrónica, magnética, en CD-Rom, en formato interactivo), pero las publicaciones convivirán con el satélite”.

El editor español buceó dentro de las nuevas tecnologías, que han estado presentes desde hace décadas, “pero no han afectado a lo central de la edición hasta hace poco: ha mejorado la eficacia, pero no, por ejemplo, la

calidad del diseño”. Tampoco cree Martínez Alés en el fin de la edición de papel. “La edición electrónica no la sustituye”. En cualquier caso, “es difícil concebir una sociedad sin libros” y aunque el futuro sea dramático, “tómense-lo con calma”.

“¿Por qué esa suspicacia, ese rechazo ante otras formas de leer?” Antonio Rodríguez de Las Heras, profesor de la Universidad Carlos III, fue en esta última jornada del encuentro de *Ágora*, el más entusiasta defensor del futuro cibernético. Los cambios que ha habido en los soportes musicales y cinematográficos (discos de vinilo, casete, cd, almacenamiento digital, vídeo, DVD) no han despertado tantas suspicacias como los que afectan al libro. Según De Las Heras, “estamos ante una crisis, el anuncio de un cambio cultural, y uno de sus elementos es el libro. Lo normal es que convivan unas formas y otras, las antiguas y las modernas, y que no desaparezcan”.

El profesor extremeño dibujó tres escenarios del cambio. Uno, el del soporte digital, del que el libro se aprovecha y que reproduce la forma de leer de hace miles de años, aunque todavía no está explotado bajo demanda. Como la lectura en pantalla es fatigosa aún no se ha dado el paso del papel a la pantalla. El papel permite la inmersión en la lectura a diferencia de la pantalla, anclada en un mismo lugar. Pero si se implantan las tabletas electrónicas, transportables, ligeras, ya tendríamos el libro en soporte digital, sin posibilidad de vuelta al papel. Esto llegará a través de los libros de texto, según Rodríguez de las Heras, y provocará nuevos hábitos de lectura y formas de relación con el texto. El tercer paso lo darán los escritores/autores, que al explorar las nuevas posibilidades de la escritura no se resistirán a seguir en el ámbito del papel y harán una inmersión en nuevas formas expresivas que nos alejarán de las tradicionales. En los tres casos, señaló Rodríguez de las Heras, “hay una plena confianza en el poder de la palabra. Los que ven el catastrofismo no creen en la palabra escrita”.

El libro en papel y otras formas de edición pueden convivir, concedió Carlos Santiago, director de Texto Editora, una empresa editorial portuguesa plenamente integrada en el soporte digital. De hecho, Santiago fue el único en todo el encuentro que recurrió a las tecnologías para explicar sus puntos de vista y el que abordó exhaustivamente el nuevo panorama tecnológico.

Su empresa, tras 25 años de funcionamiento entró en el mundo de la edición electrónica en 1995 y creó aquel año la primera librería *on-line* de Portugal, el primer CD-Rom (un diccionario) y manuales escolares. En 1998 aparecieron sus primeros portales: uno de ellos con 23 canales temáticos. Su difusión es de pago. Según Santiago, “no se pueden regalar los contenidos, por lo que hemos apelado al pago. Las entidades tienen que tener beneficios, porque si no se ven obligadas a cerrar”. En 1999, la empresa dio el salto al DVD y sacó una enciclopedia en 5 discos. En el 2001 probaba los primeros libros electrónicos.

Este panorama describe el paso del formato de papel al interactivo: que alterna imágenes y textos, vídeos y sonidos hacia la configuración de lo que se ha denominado hipertexto. El ahorro de papel es considerable, destacó: en un CD-Rom caben 80 libros escolares y 325 libros técnicos y de ficción, mientras que el DVD multiplica estas cifras por 26. De hecho, el CD-Rom tenderá a desaparecer sustituido por el DVD, aunque este paso aún no se ha dado en Portugal, porque no hay demanda al no haber lectores en este formato.

Según Carlos Santiago, los gobiernos no apoyan las innovaciones sino que las soportan los editores.

El editor portugués planteó el debate sobre la gratuidad de internet, un medio “rico en distribución de contenidos” cuyo manejo será natural en las nuevas generaciones. Pero “la idea de gratuidad es equivocada y los culpables son los productores de contenidos. En Portugal se está invirtiendo esta tendencia para que los contenidos sean de pago”.

En los próximos años se dibuja una progresión en el uso de las nuevas tecnologías en Portugal: aumentarán los contenidos nacionales, el volumen del correo electrónico, el uso de internet desde el hogar (50%) y por los hijos (51%), especialmente los menores de 19 años (20%), los libros electrónicos interactivos serán más manejables, pero el comercio electrónico no será muy rentable, a pesar de sus ventajas.

Santiago apuntó a un auge de lo electrónico, que no anularía el mercado de la edición tradicional sino que discurriría paralelo a este. “Los editores no deben dejar de pasar esta oportunidad. La innovación sigue adelante. El futuro pasa por aquí”.

Pero el sector editorial “está en la vanguardia en el uso de las nuevas tecnologías porque nos abarata los costes y nos facilita el trabajo”, se contestó desde el público. Los problemas pasarían por la protección de derechos: morales (que los textos no se puedan modificar en la red) y económicos (para autores y editores). El director del servicio de publicaciones de la Universidad de Extremadura, Miguel Ángel Melón, se lamentó del exceso de publicaciones y cómo a veces el peso de la rentabilidad económica frente a la cultural provoca que algunos trabajos, merecedores de mayor difusión, no la tengan.

**Y CIERRE.** Optimismo y bonanza para España y Portugal y los libros. Francisco Bobillo, en la clausura del encuentro dijo que los problemas de ambos países son comunes más que diferentes, “y es bueno confrontarlos”. Joao de Melo contó que la escritora portuguesa Agustina Bessa-Luisa dijo en la Feria de Francfort del Libro, en Alemania, que la novela estaba condenada y José Saramago lo confirmó. Casi no tuvieron que pasar horas antes de que el autor de *El año de la muerte de Ricardo Reis* obtuviera el Premio Nobel de Literatura. “De este encuentro nos queda el optimismo. El libro está bien, seguirá con nosotros. El pasado está en los libros y también el futuro”. ❖